



**E**NTERADO mientras tanto Murray de la prisión de su hermana en Carlisle, y sabiendo ó adivinando los intentos de Isábel, apresuróse á escribir á ésta ofreciéndose á demostrar ante ella la culpabilidad de María Estuardo y la justicia de su deposición, y comprometiéndose á ser encerrado en la Torre de Londres si no presentaba las pruebas más evidentes.

Vió con esto Isabel completo su juego, y entendiéronse ella y Murray como de bastarda á bastardo, de traidora á traidor, de Reina usurpadora á Regente usurpador. Isabel aceptó el arbitraje afectando gran severidad para todos los actos de la rebelión, y vivo deseo de ver comprobada la inocencia de la Reina de Escocia, para poder sin escrúpulo alguno reponerla



en su trono. Y mientras esto decía de público, avisaba secretamente á Murray, que si eran suficientes las pruebas que trajese para demostrar la culpabilidad de María y perderla, ella le garantizaba con todo el poder de Inglaterra, no solo la regencia de Escocia, sino también la sucesión á esta corona en caso de morir el tierno Príncipe real.

Al propio tiempo enviaba con el mismo Lord Herries otra embajada á María, anunciándola que Murray se sometía á su arbitraje, y que si ella deseaba examinar el litigio de ambos, no era como juez, sino como amiga y hermana suya, y con el fin de reponerla en su trono, aun por fuerza de armas, si hacía patente su inocencia, ó arreglarlo todo entre Murray y sus súbditos, sin escándalos ni disturbios, en el caso de que éstos alegasen alguna razón fundada que disculpase ó atenuase su rebelión. Tres condiciones ponía para esto. Que María rompiese toda alianza con Francia. Que nunca hiciera valer sus derechos á la corona de Inglaterra en vida de Isabel. Que renunciase al catolicismo y admitiese en Escocia la liturgia anglicana.

María Estuardo rehusó, y la Reina de Inglaterra, no creyéndola entonces bien guardada en Carlisle, mandó trasladarla, no obstante sus protestas, al castillo de Bolton, más lejos de la

frontera de Escocia, en el condado de York. Allí maquinó la perfidia de Isabel otro medio diabólico de deshonorar á María ante sus súbditos católicos y ante las cortes de Francia y España, que era el primero y más principal de sus afanes. Habíale negado desde su llegada á Carlisle un sacerdote católico que la asistiese; mas imaginó entonces, y así lo hizo, hacer entrar públicamente en las habitaciones de la Reina á un ministro protestante, que con arte y disimulo platicase con ella, y rezara luego como al descuido en su presencia algunos de sus salmos y oraciones: con lo cual publicaron al punto los herejes por todas partes, que la Reina de Escocia comunicaba ya con los de su secta, y se hallaba dispuesta á abjurar.

Supo al cabo María el infame lazo que la habían tendido, y protestó indignada en público y en privado, y escribió al Papa San Pío V la siguiente carta, que publicamos según la traducción que hizo el P. Rivadeneira de su original latino, y en la cual da la misma Reina al Papa cuenta del hecho.

«Beatísimo Padre: Después de besar los santísimos pies de vuestra Beatitud, habiendo sido yo avisada de que mis rebeldes, y los que los favorecen y entretienen en sus tierras, han tenido sus tratos é inteligencias, de manera que han



procurado dar á entender al Rey de España, mi señor y buen hermano, que yo estoy mudada en la religión católica; aunque estos días pasados he escrito á vuestra Santidad para besar humildemente sus pies y encomendarle mi persona, he querido escribir esta carta, y por ella suplicarle que me tenga por hija devotísima y obedientísima de la santa Iglesia católica romana, y que no crea á las falsas relaciones que de mí habrán venido, ó por ventura vendrán á sus oídos, por instigación de los sobredichos mis rebeldes y otros de su misma secta, que publican que yo he mudado religión, para privarme de la gracia de vuestra Santidad y de los otros príncipes católicos. Atraviesa esto mi corazón de suerte, que no he podido dejar de escribir de nuevo á vuestra Beatitud para quejarme del agravio é injuria que me hacen. Suplícole que se digne escribir en mi favor á los príncipes cristianos, que son devotos y obedientes hijos de vuestra Santidad, y que los exhorte que interpongan su autoridad con la Reina de Inglaterra, en cuyo poder yo ahora estoy, y que le pidan que me deje salir fuera de su reino, en el cual yo entré asegurada de sus promesas, para pedirle socorro contra mis rebeldes. Y si todavía me quiere tener, y en ninguna manera me quiere dejar, que á lo menos me deje ejercitar mi reli-

gión, lo cual me ha vedado y prohibido desde que yo entré en este reino. Y quiero que vuestra Santidad sepa la astucia que mis enemigos han usado para dar color á sus calumnias contra mí. Hicieron que un ministro hereje entrase en el mismo lugar en que yo estoy estrechamente guardada, y algunas veces rezase sus oraciones en lengua vulgar; y como yo no estoy en mi libertad, ni me permiten usar de mi religión, no se me daba nada de oír las, creyendo que no erraría en ello; pero si en esto ó en cualquiera otra cosa hubiere errado, yo, Padre Santísimo, pido á vuestra Santidad misericordia y le suplico me perdone y absuelva, y esté cierto que jamás no he tenido otra voluntad sino vivir constantemente como hija devotísima de la santa Iglesia romana, en la cual yo quiero vivir y morir, conforme á los consejos y mandatos de vuestra Santidad, y me ofrezco de recatarme y de hacer tal penitencia para enmienda de mis culpas, que todos los príncipes católicos, y especialmente vuestra Santidad, como padre y señor de todos, tengan entera satisfacción de mí. Entre tanto beso los pies de vuestra Santidad, y suplico á Dios que le guarde muchos años para beneficio de su santa Iglesia. Escrita en el castillo de Bolton, el último día de Noviembre de 1568.—De vuestra Santidad devo-



tísima y obedientísima hija, *María*, Reina de Escocia y viuda del Rey de Francia».

Dos meses duraron todavía aquellas negociaciones entre ambas Reinas, Isabel siempre hipócrita y artera, María siempre firme y resuelta á no justificarse ante nadie que no fuese la propia Reina de Inglaterra. Mas de repente, y cuando menos lo pensaba la bastarda de Enrique VIII, cedió María en su resolución, y protestando siempre de que en nada dañaría aquel acto ni á su fe de católica, ni á sus derechos de reina, ni á su honor de mujer, ni á su cualidad de heredera de la corona de Inglaterra, consintió en someter sus disensiones con sus súbditos rebeldes á los comisionados que Isabel nombrara. Apresuróse entonces ésta á fijar el día 4 de Octubre para la reunión de los comisionados de ambas partes, que habían de juntarse en York. Murray vino en persona trayendo los suyos; María nombró los que le correspondían entre sus más fieles partidarios, y la Reina de Inglaterra designó á Sir Ralph Sadler y al Conde de Sussex, y como presidente de todos ellos al Duque de Norfolk.

En este gran personaje estaba, sin embargo, todo el secreto de la repentina mutación de María. Era Tomás Howard cuarto Duque de Norfolk, el primer noble de Inglaterra: contaba solo

treinta y dos años, y sus riquezas inmensas, su poder y sus nobles prendas personales hacíanle enemigo temible ó aliado poderoso, hasta para la misma Reina de Inglaterra. Y sucedió, pues, que, ya fuese por ambición, como dicen unos, ya fuese, como parece más verosímil y así debe creerse, por veheméntísima pasión que los encantos y desgracias de María Estuardo le inspiraron, es lo cierto que el poderoso Norfolk decidió consagrar todo su poder y toda su influencia á la cabelleresca empresa de libertar á la Reina de Escocia y reponerla en su trono, con la mira siempre de contraer con ella matrimonio.

Sirvió de intermediaria entre María y Norfolk la hermana de éste, Lady Scroope, que como dijimos anteriormente, fué comisionada por Isabel para recibir á la Reina de Escocia en Carlisle y la había acompañado luego al castillo de Bolton, que era propiedad señorial de los Scroope. Norfolk propuso á María por medio de Lady Scroope un plan, que consistía en destruir las maquinaciones de Isabel, arreglándose ella misma con Murray. La Reina de Escocia solo debía por el pronto aceptar la intervención de Isabel en la forma arriba dicha. Norfolk se encargaría luego de inducir á Murray á que propusiese él mismo á María desistir él de toda clase de acusaciones y escándalos, á trueque de



que confirmase ella la abdicación de Lochleven y se aviniera á vivir en Inglaterra bajo la protección de Isabel, con una renta adecuada á la altura de su rango. Una vez desembarazados de este modo de Isabel, Norfolk se comprometía á desembarazar á María también del otro traidor Murray, conduciéndola triunfalmente á Escocia, donde podía revocar su abdicación, tan nula en Lochleven como en York, puesto que tan prisionera se hallaba en Escocia al hacerla, como lo estaba en Inglaterra al confirmarla.

Aceptó María este plan con grandes esperanzas, y avistóse entonces Norfolk con Murray secretamente, por la noche, en una apartada galería de la misma casa del Duque. Descubrió allí Norfolk al bastardo todas las sinuosidades de la política de Isabel, y de tal manera logró convencerle y reducirle á sus miras, que desde luego limitó Murray en las conferencias del 4 y 8 de Octubre sus acusaciones contra la Reina, á vagas apreciaciones sobre su casamiento con Bothwell y los peligros á que había expuesto al Príncipe real, y á los pocos días envió á Roberto Melvil secretamente á Bolton para hacer á María la propuesta que ya Norfolk le tenía anunciada.

Acogióla María según lo convenido, y todo podía ya darse por terminado después de este

arreglo secreto entre la Reina de Escocia y su hermano bastardo. Mas no se dormía la suspicacia de Isabel, y enterada en parte del proyecto por los espías y traidores que siempre abundan, trasladó repentinamente las conferencias de York á Westminster, con pretexto de seguir de más cerca negocio tan delicado y poder ultimarle con más premura. Entonces Isabel, la púdica vestal que había creído contaminar su honor recibiendo ella misma la justificación de María Estuardo, no creyó mancharse teniendo varias conferencias con Murray, el hermano bastardo, el súbdito rebelde y Regente usurpador, verdadero responsable de los crímenes que atribuían á la desdichada María.

Pidióle, pues, Isabel agriamente cuenta de su conducta y de sus tratos con Norfolk, y amenazóle con desposeerlo al punto de la regencia de Escocia si no se decidía á formular en la próxima conferencia del 25 de Noviembre todas aquellas terribles acusaciones que tenía preparadas contra su hermana.

Vióse entonces Murray cogido entre las nuevas exigencias de Isabel y su compromiso ya pactado en York; y en la necesidad de ser traidor á una ú otra parte, optó por vender á la que creía más débil: á Norfolk y á María Estuardo. Decidióse, pues, el bastardo á vaciar el inmundado



saco de sus calumnias, y formuló en Westminster, ante los comisionados de Isabel, todas las que le habían servido para difamar á María en Escocia, con el consiguiente séquito de inicuos atestados y falsas comprobaciones.

Había Isabel unido á sus comisarios, con péfida previsión, á los Condes de Northumberland y de Westmoreland y á todos los grandes señores católicos en cuyos ánimos quería perder á la Reina de Escocia, y en presencia de todos ellos se examinó y se dió por cierta aquella cáfila de mentiras y calumnias. Pudo aquí Isabel terminar tan infame enredo, porque su intento de presentar á María en Inglaterra y en toda Europa bajo el peso de terrible acusación, habíalo ya logrado. Mas todavía quiso su falsedad dar un último golpe, y escribió hipócritamente á María el 21 de Diciembre dándole cuenta de dichas acusaciones, y añadiendo que «la amistad, el parentesco y la justicia la inclinaban á encubrir todas aquellas cosas y á suspender su juicio, á fin de no perjudicarla, hasta saber lo que tenía ella que responder».

Revolvióse entonces María contra aquel humillante papel de acusada que le adjudicaba Isabel, y sin dignarse contestarle á ella, escribió á sus comisionados, que presentasen ante la comisión la larga lista de cargos y agravios que

tenía contra los rebeldes de Escocia; pero que no respondiesen una palabra á las acusaciones de Murray, porque jamás consentiría su dignidad de reina contestar á las acusaciones de un súbdito rebelde y traidor.

Quiso entonces Isabel terminarlo todo, proponiendo á María como único arreglo posible que confirmase su abdicación de Lochleven. Mas la Reina rehusó con grande energía esta falsa propuesta, que le hubiera hecho en cierto modo confirmar las calumnias de Murray diciendo «que jamás le hablasen de abdicación, porque estaba resuelta á morir antes que hacerla, y que la última palabra que pronunciase en la vida, había de ser la de una Reina de Escocia».

Tuvo, pues, que contentarse Isabel por entonces con aquella difamación de su rival, y diólo todo por terminado, haciendo declarar á su Consejo el 10 de Enero de 1568 este fallo tan monstruoso como ridículo: «Nada ha sido alegado contra Murray y sus parciales que pueda vulnerar su honor y sus deberes de súbditos. Murray y sus parciales no han probado su proposición contra la Reina de Escocia, lo bastante para que la Reina de Inglaterra pueda formar una mala opinión de su buena hermana, en ningún género de cosas».



Después de esto volvióse Murray á Escocia con 25.000 libras que le dió Isabel para ayuda de costas y remedio de apuros, y María fué trasladada del castillo de Bolton al de Tutbury, en el condado de Stafford. Separaron también de su lado á los Scroope, hechos ya sospechosos, y fué confiada su guarda á Jorge Talbot, Conde de Shrewsbury.



## III



nadie engañó la refinada hipocresía de Isabel en sus tratos con María Estuardo, y sucedióle en su intento de difamarla lo que al ladrón que carga con demasiada pólvora su arma, y le revienta ésta en la mano, y se le escapa la presa, y se encuentra él mismo herido y maltrecho.

Su atentado contra la dignidad real, al detener á María, había sido tan enorme, su ensañamiento al retenerla prisionera tan patente, su envidia al pretender difamarla tan manifiesta, y su imprudencia al justificar á los rebeldes de Escocia tan imprevisora y funesta para los demás Príncipes, que lejos de perjudicar á María las inicuas comedias de York y Westminster, rea-